

Penas orientales

Augusto Higa

Hace algunos años, tú y yo postulamos sin suerte para unas becas al Japón. Pasado el tiempo, viajaste a ese país, no para desarrollar una labor intelectual sino como obrero. ¿Qué te impulsó a ir al Japón para realizar un trabajo tan duro?

Nosotros nos encontramos una vez en la cola de los postulantes para las becas, pero yo lo intenté varias veces. Además, hubo una serie infructuosa de movidas familiares para que viajara. Mi sueño siempre fue, y lo sigue siendo, viajar al Japón y conocer el país de mis padres, descrito por ellos como paradisíaco y el ideal de la vida. Creí escuchando hablar de un Japón irreal, y era perfectamente consciente de que al viajar iba a destruir un mito pero iba a comprender mejor una realidad.

¿Esa fue la única motivación de tu viaje?

No, hubo múltiples motivaciones. La primera, superar las dificultades económicas que tenía aquí, pues en INDE, apenas ganaba 70 dólares. La segunda fue matar esa especie de nostalgia que sentían mis padres, ese mito que ellos habían creado. Y la tercera era averiguar hasta qué punto los niseis tenían todavía algunos rasgos japoneses. Fue una aventura preparada sigilosamente durante años. Y en ese tiempo había una suerte de huida nisei en estampida hacia Japón. Familias enteras se iban allá.

Y ahora, después de esa dura experiencia que describes en tu libro, ¿ya sabes cuánto de japoneses tienen los niseis, o cuánto tienes tú, por lo menos?

La pregunta es demasiado complicada, y a ella he tratado de responder en mi libro. En un primer momento voy con una especie de complejo, porque tengo rasgos japoneses y mínimamente he sido criado a la japonesa, pero allá la realidad te hace comprender que si no hablas el idioma de ellos, eres un extranjero. La comida y las costumbres de la sociedad hacen que te sientas extranjero. Allí me di cuenta que, en el fondo, nosotros los niseis estamos definitivamente incorporados a la sociedad peruana. Los rasgos que prevalecen en nosotros son los criollos o peruanos. Ahora ya no me importa saber si soy japonés o soy peruano, lo que importa es que soy un ser humano. Soy una persona al margen de las nacionalidades y reivindico la parte universal que tengo como hombre.

Esto puede ser considerado como una respuesta evasiva ante el problema de la identidad nacional.

No. Yo no he dicho que no soy peruano ni soy japonés, ni me siento en un territorio marginal. Tengo muchos elementos peruanos, como el lugar de nacimiento, el idioma castellano, la religión católica, que me han marcado demasiado y ya son parte de mi ser. Y lo que supuestamente tenía de japonés, ya no lo tengo. Un nisei es, básicamente, un peruano.

En cuanto a la receptividad del medio, parecería entonces que es más fácil parecer japonés, no siéndolo, en el Perú que en el Japón.



"Ahora ya no me importa saber si soy japonés o soy peruano, lo que importa es que soy un ser humano".

Augusto Higa es un destacado narrador peruano que en 1990 viajó al Japón y vivió allí dieciocho meses trabajando en infinitas líneas de montaje o tirando lampa como obrero de construcción. Sus experiencias y penurias las ha recogido en el libro **Japón no da dos oportunidades**, en el que, pese a los sufrimientos que relata, concluye afirmando que la ola migratoria de peruanos hacia el oriente es, a todas luces, positiva y beneficiosa para nuestro país, y un puente vivo de las relaciones peruano-japonesas.

Un mundo dividido

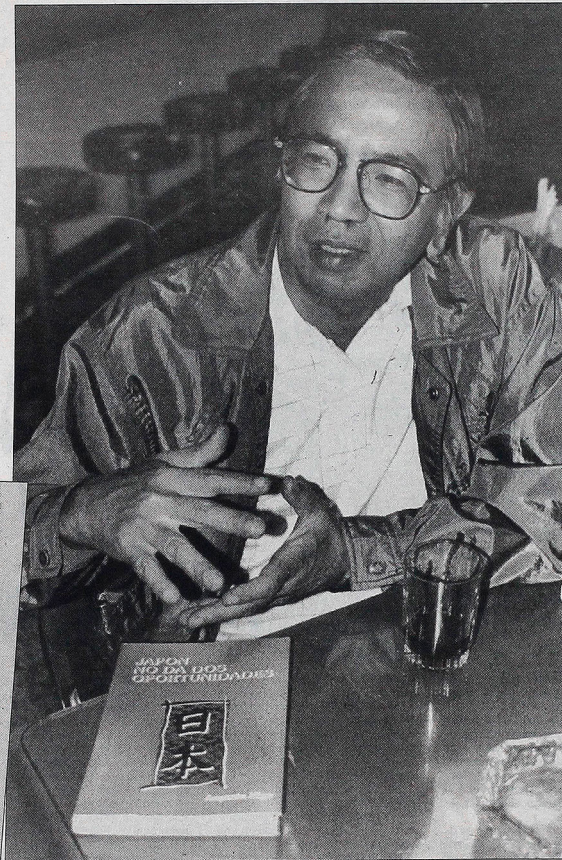
"**M**i padre llegó al Perú en la época de Leguía, el año 23 o 24. Llegó muy joven. Mi madre llegó hacia el año 35 o 36. Ambos provienen de la prefectura de Okinawa. Vivíamos en el centro de Lima, y en la época en que nací éramos cinco hermanos. Teníamos una lechería y vendíamos café a los choferes de las líneas de ómnibus. Mi hogar era un mundo dividido entre el interior y el exterior de la casa, pues había ciertas costumbres japonesas que respetábamos, como la fiesta del año nuevo lunar, el culto a los muertos, los nombres. Mis padres hablaban en japonés, pero cuando se dirigían a nosotros lo hacían en el español en tanto rudimentario que habían aprendido. Por eso yo y mis hermanos no aprendimos japonés. Nosotros somos productos de la guerra, de una época en la que ya se habían cerrado las escuelas japonesas. El negocio de mis padres fue saqueado y ellos perdieron todo y tuvieron que comenzar de nuevo. Cuando iba a viajar, mi madre estaba muy ilusionada y pensaba que podía conocer a sus parientes, pero al final estaba tan estresado que sólo pensaba en volver, y no pude ir a Okinawa a conocerlos".

日本

«Claro, y eso es una paradoja. En realidad, el nisei es una paradoja. Somos cuatro o cinco generaciones de niseis que conservamos los rasgos típicos japoneses y no todos pensamos de igual modo, y por eso no se puede hablar en términos genéricos de los niseis. Considero que es más fácil ser nisei aquí en el Perú que ser descendiente de japoneses y vivir en el Japón. Japón me resultó muy chocante y me pareció una sociedad muy difícil y dura, estratificada y masificada, en la que todo tiene un orden, pero

ésta es una visión muy personal, y no necesariamente tiene que coincidir con la realidad. ¿Te sientes discriminado en el Japón?

Por supuesto, porque allí nos consideraban extranjeros. Debido a que no hablas el idioma, desconoces las leyes laborales, no sabes cómo ir al hospital. No es sólo la discriminación, y esto es normal, pues en cualquier sociedad del mundo el elemento nacional discrimina al extranjero, sino que estás en total desventaja ante un japonés común y corriente.



"Ese flujo de migrantes peruanos que va y que viene es un puente vivo de las relaciones peruano-japonesas".

te. Aparte de eso, existía el hecho de que nosotros teníamos costumbres que desagradaban a los japoneses. Por ejemplo, los niseis peruanos y latinoamericanos somos pariantines y formábamos ruidosos grupos en los restaurantes, en los pasadizos de las fábricas, en las estaciones, y eso era mal visto por los japoneses.

Algunas personas que han estado como turistas hablan maravillas del Japón, pero es obvio que los que han ido a realizar trabajos duros, como en tu caso, no tienen la misma imagen.

No se puede decir Japón es el infierno y Perú es el paraíso. Japón es una sociedad muy compleja, con 90 millones de habitantes, y las reacciones de la gente son muy distintas. En el nivel en que me tocó vivir, que era el nivel de los obreros y de la gente con menos instrucción, la situación es más realista. Creo que mi visión es más completa que la del turista o el becario. Tuve que afrontar una situación muy dura en la fábrica, con cuotas de producción que hay que cumplir de todas maneras, con obreros japone-

ses que están compitiendo con nosotros.

Tú eres un intelectual, pero por la dureza de tus largas jornadas de trabajo casi no tuviste acceso o vínculos con la vida intelectual japonesa ni tiempo para dedicarte a la creación. Supongo que esto fue muy doloroso para ti.

No fue doloroso. Estuve allí casi dieciocho meses y no tenía necesidad de leer ni de escribir. Lo que sí sentía era la necesidad de tener compañeros para conversar, no precisamente de temas intelectuales, sino de las cosas que nos estaban ocurriendo.

Era una especie de terapia de grupo.

Claro, no tenía la contraparte de alguien que sintiera o pensara como yo, que pudiera conversarme desde el fondo de su propio sentimiento. Encontré otra gente cuyo objetivo era divertirse y pasarla bien, y era difícil encontrar personas interesadas en tratar el tema que yo quería tocar. Por eso no había conversación. Incluso eso se reflejaba en la selección de películas que veíamos en grupo, y teníamos largas se-

siones de videos porno. Cuando estaba solo me pasaba largas horas mirando en la televisión programas musicales y de staro.

¿Cuál de los trabajos que desempeñaste fue el más duro?

El de construcción, porque básicamente consistía en tirar lampa. Si hubiera sido en sitios cerrados, como en una fábrica, quizás hubiera aguantado un poco más. Pero el problema era tirar lampa en la calle y en pleno invierno, con cinco grados bajo cero, sportando la ventisca y la mirada curiosa de la gente observando a obreros extranjeros. Ese fue el momento más duro de mi estadía en el Japón. Los japoneses que realizan el trabajo de construcción son los de más bajo nivel social y cultural, y sin embargo allí encontré una gran solidaridad y cordialidad.

En tu libro señalas que pese a todas las dificultades que los peruanos encuentran en el Japón, ese flujo migratorio es positivo.

Sí, creo que esa migración es absolutamente positiva, aunque esto puede parecer contradictorio con los grandes sufrimientos y dificultades que describo en mi libro. La migración es positiva desde el punto de vista económico, en la medida que permite vivir aquí a 10 mil o 20 mil

—
"En el Japón me di cuenta que, en el fondo, los niseis estamos definitivamente incorporados a la sociedad peruana".
—

familias que reciben remesas. Por otra parte, los peruanos podemos aprender tecnologías y formas de organización y planificación japonesas, y para mí esto es lo más importante. También es positivo porque el Japón es y debe ser, respecto del Perú, una fuente de inversiones. Este flujo de migrantes que va y que viene es un puente vivo de las relaciones peruano-japonesas. Y a nosotros nos conviene mantener muy vivo ese vínculo.

No importa, entonces, el sufrimiento que para muchas personas conlleva esa migración.

La migración de peruanos hacia Estados Unidos ha sido exitosa, pero también ha tenido sus penurias. Lo que pasa es que los que regresan no cuentan los sufrimientos ni las penas que han tenido, y la tendencia es contar los éxitos y lo positivo de la experiencia. Desgraciadamente, tengo una formación literaria y pongo el énfasis en la parte humana y sentimental. Y desde el punto de vista sentimental, un peruano en el extranjero siempre es un hombre extraviado. Como se ve en mi libro, sólo el humor de los peruanos en grupo es lo que permite hacer soportable esa vida tan dura de las fábricas japonesas. A nosotros nos salva el hecho de saber afrontar la realidad de un modo dividido.

Es mucho lo que se puede ahorrar trabajando de obrero en una fábrica japonesa?

A nosotros sólo nos pagan por el día trabajado, y los domingos y feriados no cuentan. El promedio es veintuno o veintidós días al mes, y se puede ganar entre 1,700 y 1,800 dólares mensuales. Nosotros teníamos una capacidad de ahorro de ochocientos o novecientos dólares mensuales. Hablo de mi caso, que es el de un hombre maduro, reflexivo, que no sale mucho de su casa. A otros, en cambio, no les alcanza el sueldo.

¿Piensas aún en la posibilidad de volver al Japón, pese a todo lo que sufriste allí?

Pienso y quiero volver al Japón, pero no para trabajar en una fábrica. Yo estoy en condiciones de realizar un trabajo físico duro. Me gustaría ser profesor o redactor en alguna revista en castellano que se edite para el extranjero.